

*Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.
Bienaventurados los humildes[a], pues ellos heredarán la tierra.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados.
Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia.
Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios.
Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados serán[b] cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí.
Regocíjense y alégrese, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes.*

Mateo 5:3-12

BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ENCONTRARÁN MISERICORDIA

La palabra “Misericordia” y el mensaje que se le vincula son absolutamente centrales en el Nuevo Testamento. Ella delinea, en forma decisiva, el rostro de Dios y el rostro del cristiano. Recordando que el evangelista san Lucas es el juglar de la Misericordia, queremos recordar algunas palabras de Jesús, presentes en el interior del texto de san Mateo en el que nos movemos: Dios quiere misericordia y no sacrificios (9, 13 y 12, 7); el corazón de la ley es “la justicia, la misericordia, la fidelidad” (23, 23); en la oración del Padre Nuestro pedimos la Misericordia de Dios y nos comprometemos a utilizarla con los hermanos, “perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (6, 12.14-15); en el mismo tema retorna la parábola del siervo despiadado (18, 23-35); y el juicio final se llevará a cabo con el tema de la Misericordia hacia los pobres (25, 34-40), en quienes está presente Jesús. ¿Pero qué es la “Misericordia”?

¿Qué significa ser misericordiosos, según esta bienaventuranza?

La Misericordia de la que habla el Evangelio no es ni humanitarismo ni filantropía, ni siquiera la emoción intensa y momentánea que a veces experimentamos, ya que ésta es pietismo, no Misericordia.

Antes que ser un modo de obrar, de comportarse, la Misericordia es el modo de ser de Dios.

El término, en lengua hebrea, remite a las “vísceras”, al “útero”, al seno materno del cual se genera la vida: rahamim! Ahora ella remite a la vida misma de Dios, a su profundidad, a ese número primero que es Él.

Su revelación, Su presencia en medio de nosotros, es un acontecimiento de Misericordia: se llama Jesús. En Él reconocemos y silabeamos el “corazón” de Dios, el cual es un corazón de Padre; lo descubrimos, con asombro y conmoción, como “corazón” de Misericordia.

Tanto que la misma palabra “Misericordia” junta dos términos: “miserum” y “cor”.

La Misericordia es el amor de Dios que se vuelve hacia quien está lejos, hacia quien no tiene título ni mérito para ser amado, a quien no ha encontrado jamás el amor, es decir, ¡a cada uno de nosotros! La “Misericordia” es la pura gratuidad del amor, su no motivación, el hecho que el amor tiene su razón de ser en sí mismo y no tiene un ulterior porque.

Pero “Miserum cor” quiere decir también que el corazón de Dios está herido, está habitado por el sufrimiento, sufre y padece por cada persona, ¡también por mí!

Aquí, la quinta bienaventuranza nos pide entrar en este “miserum cor”, en este modo de ser de Dios, y de dejarlo reverberar en nosotros. En su relación con los otros, el discípulo vuelve a proponer esa Misericordia, ese corazón de Dios que ha encontrado y vivenciado en la persona de Jesús. En este caso la Misericordia se torna pensamiento, se convierte en manos y pies, se convierte en historia y se escribe con la letra minúscula de nuestras acciones cotidianas y de nuestros días laborables.

Significa concretamente en primer lugar amar, amar y servir a quien no merece ser amado, a quien no te amará jamás, a quien no tiene título para serlo, ni siquiera el de despertar sentimientos de piedad. O mejor, tiene uno: el de tener necesidad. Esto es tanto más evidente cuanto es más negada, escondida o quizás ni siquiera es advertida.

Este ser misericordiosos, también para el discípulo, más y antes que un modo de obrar es un modo de ser que florece en relaciones, obras, estilos, pero se arraiga en la profundidad de las personas, en ese “corazón nuevo” que el Espíritu nos da, sostiene y alimenta a lo largo del camino.

Es necesario agregar que esta Misericordia no puede y no debe ser un infantilizar a las personas, un incluirlas, englobarlas, un impulsarlas a la victimización o a la enajenación de las propias responsabilidades y potencialidades. Al contrario, la Misericordia cuida la libertad, reclama responsabilidad, da la verdad, no lleva en brazos sino que sostiene el paso de quien es débil. En este sentido, es también una inversión en los recursos y en las capacidades de las personas. No sustituye, sino que exige y acompaña.

La bienaventuranza concluye afirmando “porque encontrarán misericordia”, es decir, Dios será misericordioso con ellos. Dios usará con nosotros esa misericordia que hemos usado con los otros. Es como si el Señor pusiera en nuestras manos la medida del perdón y del amor que deberá usar con nosotros.

Es como si dijera: ¿cuánto debo perdonarte yo? ¿Cuán misericordioso debo ser contigo? Establece tú la medida a través de cuánto te perdonaré y cuán misericordioso serás con los otros. El Señor nos juzgará un día, pero la sentencia la escribimos nosotros mismos, hoy, en la medida que sepamos tener un “miserum cor” los unos con los otros, sobre todo con los pobres. Él llevará a su plenitud y consumación esas pequeñas medidas de amor que nosotros logremos dirigir en nuestra jornada.

Mons. Mansueto Bianchi
Asistente eclesialístico del FIAC, biblista



EL HOMBRE DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Beato Pier Giorgio Frassati



Pier Giorgio Frassati, ..joven como vosotros, vivió con gran empeño su formación cristiana y dio su testimonio de fe, sencillo y eficaz. Un muchacho fascinado por la belleza del Evangelio de las Bienaventuranzas, que experimentó toda la alegría de ser amigo de Cristo, de seguirlo, de sentirse de modo vivo parte de la Iglesia. Queridos jóvenes, tened el valor de elegir lo que es esencial en la vida. «Vivir y no ir tirando», repetía el beato Pier Giorgio Frassati. Como él, descubrid que vale la pena comprometerse por Dios y con Dios, responder a su llamada en las opciones fundamentales y en las cotidianas, incluso cuando cuesta.

El itinerario espiritual del beato Pier Giorgio Frassati recuerda que el camino de los discípulos de Cristo requiere el valor de salir de sí mismos, para seguir la senda del Evangelio. Este camino exigente del espíritu lo vivís en las parroquias y en las demás realidades eclesiales; lo vivís también en la peregrinación de las Jornadas mundiales de la juventud, cita siempre esperada.

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES A TURÍN- BENEDICTO XVI - 2 de mayo de 2010



A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados.

Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

*«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...]
a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...]
a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...]
a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...]
a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...]
a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo»
(Diario 163).*

PAPA FRANCISCO PARA LA JMJ CRACOVIA 2016

Escribanos a este correo electrónico
info@fiacifca.org o en Facebook (difundir la página!)
www.facebook.com/fiacyouthcoordination
o Twitter @infosf2015
www.catholicactionforum.org